

Solidaridad y Protagonismo Familiar

Al principio, las redes de base atraen muchas familias por los beneficios concretos que ofrecen: ayuda con la crianza de los niños, oportunidades económicas, apoyo en momentos de crisis. Sin embargo, cuando muchas familias hablan de las redes, no hacen enfoque en lo que ganan de las redes de apoyo, sino lo que pueden ofrecer a sus vecinos y amigos. Hablan de la solidaridad, el apoyo mutuo, y la oportunidad de brindar amor, amistad, y consejos a los demás.

En el discurso de colombianos de todos los estratos sociales y económicos, escuchamos los valores de “echarse pa’lante” y “abrirse”. Si un joven habla del momento que ya no pudo soportar la opresión de su barrio o la violencia de sus padres, dice “me abrí a buscar otra cosa”; los padres elogian sus hijos con frases como “la sardina está echa’ a pa’lante!” Son metáforas para el cambio y la transformación, pero es importante notar que son metáforas de actividad. Lo ideal no es recibir servicios, sino ser sujeto de una transformación.

Sin embargo, muchas madres y muchos padres han sufrido tanta opresión – sea en forma de violencia política o laboral, o en forma del asistencialismo que domina muchos barrios de Bogotá – que ya se sienten incapaces. El sueño de “echarse pa’lante” llega a parecer imposible, hasta perverso. Sin embargo, preservan el protagonismo como valor, aunque sea sólo en forma de ayudar a los demás o a su familia. Cuando preguntamos a las madres y los padres de Ciudad Bolívar sobre su mayor orgullo, casi siempre escuchamos “ayudé mis hijos a salir adelante.”

Lo que vimos en los barrios marginales de Bogotá era, de alguna forma, que los padres se conformaban con su propio fracaso, pero querían más para sus seres amados. Y los que ya no se esforzaban para si mismos, sí se esforzaban para sus hijos.

En muchos casos, este esfuerzo sólo contribuyó a la exclusión que el niño sintió, porque se expresó a través de la disciplina y la exigencia de lograr expectativas imposibles. Más adelante, hablaremos de cómo la ACJ trabaja para cambiar este comportamiento, pero aquí queremos enfatizar en el deseo de los padres de ayudar en la vida de los otros.

Imaginemos, entonces, una madre soltera. Algunos hijos están en las calles, otros tienen hambre. Tal vez trabaja mucho y llega a casa agotada; tal vez no trabaja y se cae en la depresión. Se siente incapaz, inútil, e invisible; dice que su vida es un fracaso. La trabajadora social que viene del ICBF le amenaza con quitar sus hijos, las amigas de la iglesia le acusa de mala madre... Es la vida de muchas mujeres en los barrios marginales. Llegan a conformarse con la miseria, a dejar la lucha.

Algún día, una vecina toca la puerta con una pregunta. “Oiga, Doña Socorro, su familia viene de tierra caliente, ¿no? ¿Usted sabe preparar mango para jalea? Es que en nuestra cooperativa, necesitamos...” O tal vez, “¿No me acuerdo, Doña Socorro, que su segundo hijo se enfermó con una sarampión? ¿Qué hizo? ¿A donde lo llevó?” De repente, aunque sea por sólo un segundo, Doña Socorro es importante en la vida de otra persona. Puede hacer algo, puede tener un impacto. Ella tiene un papel en la comunidad.

Hemos visto que el discurso neoliberal y asistencialista hace un impacto nefasto en la vida de familias pobres. Porque la sociedad actual valoriza el dinero más que cualquier otra cosa, las personas llegan a pensar que si no apoyan al otro con dinero, no son importantes. “No pude dar una pelota a mi hija, así que me odia; no tengo limosna para la iglesia, así que el padre no me presta atención.” En este contexto, las familias pobres se quieren invisibilizar, porque no poder contribuir o participar es una vergüenza.

Uno de los logros más importantes del trabajo de la ACJ es una frase que escuchamos de unas mujeres en Cazuca: “Es cierto que no puedo dar dinero a mis amigas, pero si puedo ayudar con un consejo, una palabra... eso es aún más importante.” Uno de los primeros pasos para cambiarse la vida era verse como importante en la vida de los demás, con solidaridad.

La red de base es una oportunidad de recibir beneficios, pero tal vez más importante, es también un espacio para dar apoyo. Con esta posibilidad de dar, de ayudar, uno comienza a sentirse válido, importante, humano. El mero hecho de que el otro me escuchó un consejo es mucho más transformador que cualquier ayuda material. Es uno de los pasos más importantes hacia la dignidad.